

muy malo soy, y á loveo; pero creo firmemente en Dios, y en todos sus Soberanos Mysterios. Eflo mismo hacen los Demonios, dice el Apostol Santiago. (Jacob. *Epist. c. 2.*) Los demonios tambien creen: *Et daemones credunt.* Sí; pero yo tengo en el alma la Fé sobrenatural, è infusa en el Bautismo. Bien; pero mostradme essa Fé en las obras. No hay buenas obras. ¿Pues sabeis cómo está vuestra Fé? Aguardad: no haveis visto muchas veces un enfermo de una terrible apoplexia? Cómo está? Como un tronco, como un muerto. Fulano? há fulano? no oye. Levantad el brazo, apretadme la mano. No puede. Que le den recias ligaduras. No siente. Valgate Dios! ¿Este hombre está vivo? Sí; pero en qué se distingue de un muerto? El alma furta, y sin entender: los sentidos suspensos, y sin exercicio: el cuerpo todo yerto, pálido, y sin el menor movimiento: ¿en qué se distingue de un muerto? Segun lo presente, en nada. Tal no puede éste mover un brazo, como no lo puede mover un cadaver. Tan sordo está, tan ciego, y mudo, como está sordo, ciego, y mudo el que yá está muerto; y solo se distingue, en que si escapa de este mal tan terrible, podrá despues excitar las funciones de la vida, que ahora no exercita. Pues así está tu Fé, Cristiano, que en pecado mortal, no haces una sola obra meritoria: así está tu Fé, Fé con apoplexia: Fé, que no se mueve: Fé como muerta: *Fides sine operibus mortua est*, dice Santiago. ¿Pues de qué te servirá haver tenido de esse modo la Fé? De que sean tus pecados mas graves, que los de los Gentiles; de que seas tú peor que un Idólatra: *Omnibus pejus vivunt mali Christiani*, dixo San Agustín: *Et talibus plera est Ecclesia*, (D. Aug. in *Psal. 30.*) y de que sea tu condenacion mas terrible, y de que sean en el Infierno tus tormentos, con innumerables excessos, mas crueles, que los que allí padecerán los que nunca conocieron à Dios. Así se lo dixo al Gran Macario una Calabera, que le habló en el desierto. (*Spec. Exempl. vers. Infernus, exempl. 3.*) Yá, pues, si tienes la Fé muerta sin hacer ninguna obra buena; si tienes perdida la caridad, que es la vida del alma; si tienes perdida la gracia, que te hacía hijo de Dios; y si todas las virtudes tienes perdidas con tantos pecados mortales, ¿te atreverás todavia à decir que eres Cristiano?

Pues antes que lo digas, oye un exemplo, que hará estremecer corazones de bronce. No es menos, que el Doctor Máximo, y Padre de las Escrituras S. Geronymo, (Sanct. Hier. *Ep. 22. ad Eustoch. cap. 13.*) el que lo refiere, y lo refiere de sí mismo, y así lo diré con sus palabras mismas, con que lo cuenta à la Virgen Eustoquio. Años há le dice, que havendo dexado à Roma, à mi casa, padres, parientes, y amigos por buscar el Cielo, me retiré à Jerusalén, à macerar mi cuerpo en continuos ayunos, por los convites con que antes havia atendido à su regalo. Pero havendo dexado por Dios todo, solos mis libros no tuve animo, ni corazon para dexarlos. Era en mi soledad el leer

à Cicerón el saynete de mis ayunos, y quando despues de largas vigiliass, en que con amargas lágrimas de mi corazon procuraba lavar mis passadas culpas, para aliviar algun rato, leyendo à Cicerón me divertia; de aqui vino, que quando passaba à leer en las Divinas Escrituras aquel estilo tan lleno como verdadero, tan sincero como puro, me ponía tedio, me daba en rostro. Miserable de mí! que echaba yá al Sol la que no era culpa, sino de mis ojos. Quando, hé aquí, que con un tabardillo, à pocos dias, estando yá à la muerte, de repente arrebatado mi espíritu, me hallé delante de un Tribunal tan cercado de resplandores, y magestad, que ni à levantar los ojos me atrevia. ¿Quién eres? me preguntó aquel Juez Soberano; è yo temblando todo: Señor, yo soy Cristiano. Mientes, me replicó con una voz terrible; mientes, que tú no eres Cristiano, sino Ciceroniano. Y al punto, mandando à sos Ministros que me azotasen, empezaron à descargar sobre mis espaldas terribles azotes: y siendo tales, me atormentaban mas los azotes de mi propria conciencia, y clamaba: Señor, tén misericordia de mí. Estas voces se oían entre los golpes de los azotes, que no cessaban. Hasta que postrados ante el Tribunal aquellos mismos Ministros, me recabaron el perdon, con palabra que dí, de no leer mas aquellos libros. Testigo es de que no fue sueño aquel Tribunal tan terrible; y testigos los cardenales, y las llagas, que quedaron en mis espaldas. Oh, Dios mio! Fieles, si à un San Geronymo, havendo dexado el mundo, havendose metido en una soledad, ayunando los dias, velando, y llorando sus culpas las noches, solo, solo porque disgustaba de las Divinas Escrituras por leer à Cicerón, le niegan el nombre de Cristiano, y con azotes tan terribles le castigan: ¿qué esperas tú, y qué espero yo con tantas culpas? Qué hemos de responder, quando al arrancarnos el alma nos hallemos en aquel tremendo Tribunal? Hombre, eres Cristiano? Eres Christiana, muger? Allá pensad esta pregunta. Oh, y lo seamos en las costumbres, como lo somos en la dignidad. Oh, y lo seamos en la vida, como lo somos en la Fé. Oh, y lo seamos en los buenos exemplos, como lo somos en la profesión. No nos avergoncemos de parecerlo, pues de serlo, con tanta razon nos preciamos. Demosle la gloria à Dios con ser, y parecer Christianos; pues Dios, con ser Christianos, nos dá la gracia, para que podamos conseguir la gloria.

PLATICA V.

DEL CAMINO QUE NOS ENSEÑA la señal de la Santa Cruz.

A 4. de Mayo, dia de la Ascension del Señor, año de 1690.

Cayónos la Cruz en su dia, quiero decir, la explicacion de la señal de la Santa Cruz, que es la que nos sigue hoy à explicar en el dia de la Ascension gloriosa de nuestro Redentor, que celebramos. ¿Pues qué, el dia de la Ascension, que todo es de regocijos, y de glorias, es el dia propio de la Cruz, que todo fue amarguras, y penas? Digo que sí: y antes de satisfacer à esto que me proponen, quiero responder à lo que me callan, que en la explicacion de la Doctrina es menester adivinarle à cada uno los pensamientos. Yá, pues, mas de dos estarán contra mí pensando, que no es esto lo que se sigue à explicar: porque haviendo explicado, ¿quién es Cristiano, y las obligaciones del Cristiano, la pregunta que luego se sigue en el Catecismo, es: *Quién es Christo?* Luego esto es lo que hoy se debiera explicar. Respondo, que esta pregunta con las otras quatro, ò cinco que se le siguen, pertenecen al Soberano Mysterio de la Encarnacion del Hijo de Dios. Y teniendo este Mysterio su principalísimo lugar en el Credo, dextenme ahora en deposito essas preguntas, que como buen pagador, sin que sea menester que me executen, pagaré à su tiempo; y no será muy dilatado el plazo, pues digo que pagaré dentro de un Credo. Y ahora muy à tiempo prosigue preguntandonos así el Catecismo: *¿Cuál es la insignia, y señal del Cristiano?* Y responde: *La Santa Cruz.* ¿La Santa Cruz es nuestra señal? Pues quién nos la dió? quién nos la puso? quién hizo essa señal nuestra? Saben quién? El mismo Jesu-Christo, y no en otra ocasion, dicen gravísimos DD. sino en el dia de su Ascension gloriosa à los Cielos. Miren si dixen bien, que el dia de la Ascension era el dia propio de la señal de la Cruz. Juntos, pues, tal dia como hoy con Maria Santísima los Apóstoles, y Discípulos, y aquellas devotas, y santas mugeres en el Monte Olivete, adonde nuestro Redentor los havia conducido para despedirse yá de la tierra, y para que el dolor de su ausencia se les mitigara al vér las glorias de su triunfo: llegó el punto, y cercandolo por todas partes aquel pequeño Christianismo, encontrandoseles en los ojos con los deseos de seguirlo, las lágrimas de quedarse; por ultimo favor, que es el que suele quedar mas impresso, les echó à todos su bendicion, dice San Lucas, y con magestad gloriosa, elevandose à los ayres entre motetes festivos de los Serafines, fue penetrando las esferas: *Benedixit, & eis, ferebatur*

in Cælum. (Luc. c. 24. Vid. Cor. *bic ubi cit.* Suar. & alios.) Esta bendicion, pues, que el Señor echó à sus Christianos por ultima despedida, fué dexarles en la señal de la Cruz vinculadas todas las felicidades. Echó el Señor esta bendicion, dicen unos, cruzando los dos brazos, como allá Jacob bendixó à sus nietos: otros dicen, que fue formando con su santísima mano la Cruz en el ayre; y de una, y otra manera fue enseñandonos à formar sobre nosotros la señal de la Cruz, dicen todos; pero todos callen donde habla San Geronymo. Havia prometido Dios por Isaías, que en la Ley Evangelica havia de poner à sus Christianos una señal: *Et ponam in eis signum*: y dice aquí el Padre de las Escrituras: *Hoc signum nobis ad Patrem ascendens Dominus ad reliquit, sive in nostris frontibus posuit, ut liberè diceremus: Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine.* (Isai. c. 66. *ibi S. Hier.*) Esta señal nos la dexó el Señor en el dia que subió à su Padre, entonces nos la puso en nuestras frentes, para que podamos decir: Están, Señor, señalados sobre nosotros los rayos de tan divino rostro. De modo, que en el dia de la Ascension fue quando nuestra Vida Christo nos enseñó à persignarnos: En este dia fue quando nos dexó, nos imprimió, y nos enseñó, que nuestra señal es la señal de la Santa Cruz. No tiene menos peso, ni menos gravedad esta soberana tradicion, y de aquí la aprendieron los Apóstoles, para enseñarla despues à toda la Iglesia, como dice San Basilio. (*lib. de Spir. S. cap. 27.*)

Pero hago yo ahora una pregunta: Es cierto, que despues de haver resucitado el Señor, en aquellos quarenta dias, que estuvo apareciendose à sus Apóstoles, les enseñó cosas altísimas acerca de la administracion, y el uso de los Sacramentos, del gobierno de la Gerarquía de la Iglesia, y otras muchas, que despues à nosotros nos fueron enseñando los Apóstoles, y son las que tiene, y venera la Iglesia por tradiciones Apostólicas. Pues ahora en mi pregunta: ¿Por qué de todos aquellos quarenta dias, reservó el Señor para lo ultimo, yá en el punto mismo de partirse al Cielo, el enseñarnos la señal de la Cruz? No podia haverlo enseñado antes? Por qué lo dexó para el punto mismo de su partida? Saben por qué? Porque como la Cruz era la señal, que nos dexaba, para que podamos seguirle al Cielo, essa señal nos quedase fresca, para que así por ella hacemos de rastro, por donde vá el camino que hemos de seguir, si queremos subir con Christo al Cielo.

Esta es, pues, la primera significacion, porque se llama la Cruz señal del Cristiano. Esta palabra *Señal*, en nuestra lengua, significa no pocas veces el rastro, la huella que uno vá dexando de sus passos. Y así la Cruz es la señal por donde ha de seguir el Cristiano, para seguir los passos de nuestra Vida Christo. Por esso hoy nos la dexa por señal. Quando uno se ha ido, y no sabemos adonde vá, ni por dónde, ¿qué re-

medio para seguirlo? Qué? Buscar la señal, que vá dexando en la tierra: seguir el rastro decís, y observar por donde ván las huellas; y así, venimos à dar con él. Padre, esse exemplo era muy bueno, si el camino de Christo fuera por la tierra; pero si es un camino tan alto, que no dexa en el ayre ni señal, ni rastro, ni huellas: ¿qué hemos de hacer? Aguardad, y vá otro exemplito. Sucede entrar algunos por una altísima montaña, tan aspera de peñas, y tan tupida de arboles, que no parece por toda ella senda, ò camino; pero ni la menor seña de que haya jamás pisado por allí pie humano: ¿pues qué hacen los que así ván entrando, para no perderse, y para que otros puedan seguirlos? Ván dexando à pocos trechos señales en los arboles: aquí al uno le arrancan las cortezas, allí al otro le cortan las ramas: à aquel le dán quatro, ò seis heridas en el tronco: y así, aunque en la tierra ni parecé senda, ni camino, ni huella, pero gobernándose por aquellas señas de los arboles, caminan otros en su seguimiento, sin perderse, por lo empinado, fragolo, y aspero de la montaña. Pues esta señal es la que nos dexa hoy nuestro Redentor, para que le podamos seguir hasta el encumbrado Monte de la Gloria. Para ir allá, no hay en la tierra camido, no lo hay, porque está muy abatida la tierra, y está muy sublime la Gloria. ¿Pues qué remedio? Seguir la señal de la Cruz: por allí ván las huellas, por donde subió nuestro Redentor. Y por esso, para que le sigamos quando sube glorioso, nos dexa la señal de la Cruz, y nos dexa en la Cruz la señal de sus pasos.

Ea, sea no menos que San Agustín quien hoy os haga la Doctrina: qué gran Doctrina será! Es, pues, la Cruz, dice Agustino, la escalera por donde se sube al Cielo: por essa escala subió Christo, y por esso en ella nos dexó la señal, para que en su seguimiento subamos: *Crux est scala Cæli, per quam Christus hominem lapsum levavit ad Patrem.* (S. Aug. t. 9. Serm. 2. Catechis.) Y no penseis, que es esta una escala muy empinada, muy difícil, no: que no tiene mas que quatro escalones. ¿Quatro escalones? Y solos effos bastan para llegar hasta el Cielo? Sí: y no lo digo yo, sino San Agustín: *Non ergo laboriosa debet esse hac scala, quatuor enim tantum gradus habet, quibus nos perducit ad Cælum.* ¿Quatro escalones no mas? ¿Pues quién habrá que no suba al Cielo? Alto, pues, à subir: está la Cruz para que se tenga firme, clavado el maul, y metida la punta dentro de la tierra: allí está escondida: pues esse es el primer escalon, dice Agustino, la Fé, la Fé, con la qual creyendo lo que no se vé, hemos de subir à gozar los Mysterios, que allá en el Cielo se descubren, para que en el Cielo podamos vér à Dios cara à cara. Acá en la tierra hemos de creer sus Soberanos Mysterios, que ocultos, y escondidos, no se vén: *In profundo Crucis occultum est quod non vides, sed inde exurgit totum hoc quod vides, adsit fides Christiana, & tunc primum gradum ascendit.* Este es, pues, el

primer escalon, dice Agustino, la Fé. Pues este yá todos lo hemos subido, gracias à Dios. Aliento, pues, que yá no nos faltan mas que tres escalones para llegar al Cielo; nadie desfaye:

Que yá en lo largo de la Cruz nos está mostrando el Señor con su Cuerpo la señal del segundo escalon, à que hemos de subir. Por esso decimos, que es nuestra la señal de la Cruz, porque es figura de Christo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella. Yá, pues, ¿cómo está allí aquel Cuerpo virginal? aquel Cuerpo purísimo? Oh, Dios! Entre las heridas desgarrada, y afeada toda su hermosura; entre las llagas borradas, y obsecridos los candores de su belleza, y entre rios de sangre confusa toda la proporción de sus partes. ¿Qué es esto? Es el segundo escalon, dice Agustino, à que hemos de subir, mortificando nuestros apetitos, sujetando nuestras pasiones, haciendo con la penitencia, y ayuno, que el cuerpo esté suspenso, y pendiente del espíritu, no sujeto el espíritu à la carne: *In longitudine Crucis corpus Crucifixi pendit: castiget quisque corpus suum penitentia, & jejuniis, ut ipsum sic suspendens servituti anime subjiciat, & secundum gradum conscendit.*

Este es, pues, el segundo escalon, à que nos empeña la señal de la Cruz: la mortificacion, el ayuno, la penitencia. Oh, cómo temo, que yá retiran el pie muchos! Al Padre Pedro Fabro, Varon insigne de nuestra Compañía, le pidió un gran Caballero de Madrid, que le diese algunas oraciones, ò algunos puntos que meditar; y respondióle el Padre: No es menester mas, sino que algunos ratos del día pienses esto: ¿Christo está en una Cruz en suma pobreza, y yo en tanta opulencia? Christo padeciendo hambre, y sed, y yo entre tan regalados convites? Christo allí del todo desnudo, y yo tan costosamente vestido? Christo allí padeciendo tan terribles dolores, y yo metido entre tantas delicias? Y no he de hacer mas que esso? replicó el Caballero. No mas; pero esto lo has de pensar con atencion, y con viveza. Fuefe, y à pocos dias, ofreciendosele un convite, sentóse à la mesa, y à poco rato vinole aquello à la memoria: ¿Christo en la Cruz padeciendo hambre, y sed, y yo gozando manjares tan exquisitos? Pensamiento fue éste, que haciendole rebotar por los ojos las lágrimas, se levantó de la mesa, se salió del convite, y se fué à una soledad, donde vivió, y murió santamente. (Engelgrav.) Oh, qué bien subió éste el segundo escalon de la Cruz! Así lo subió tambien Santa Isabel Reyna de Ungria, que entrando una vez en la Iglesia, vestida à todos brillos de Real pompa, vió un Santo Crucifixo, y suspensa al vér sus llagas, su sangre, y sus heridas: Oh, Señor! Tú así atormentado, y desnudo, y yo tan preciosamente adornada? Arranca de su cabeza la Corona, arrojala à los pies del Crucifixo, esparce por el suelo las perlas, y los diamantes, y vuelta à su Palacio, jamás pudieron recabar que se vistiese seda. Esto es subir por la Cruz: mirad lo que decís, y si os hallais con fuer-

fuerza. Oh, si dierais algunos ratos à estos tan provechosos pensamientos! ¿Mi Dios desnudo en una Cruz, y solo? ¿De sus llagas, y Sangre cubierto, è yo con tanta gala, y tanta pompa? ¿Mi Redentor por mí atravesada su cabeza con setenta y dos espinas, è yo pensando solo en los gustos, y en las vanidades? ¿Mi Jesus clavados sus pies contra un Madero, è yo con tanta libertad, buscando los passeos, y los divertimientos? Esto no es subir por la Cruz. Luego esto no será subir al Cielo. Luego el camino que llevo no es fino para parar en el Infierno.

Passemos al tercero escalon. Allí estendidas las manos de nuestro Redentor, y clavadas en los brazos de la Cruz, nos hacen señal, dice Agustino, que en las obras de Caridad, clavadas cada uno las manos en las obligaciones de su estado, suba así la tercer grada para el Cielo. El casado, y la casada, clavadas las manos para todo lo que no fuere atender, y cuidar à las obligaciones de su casa, y de su familia. La viuda al retiro, y al recogimiento. La doncella à la honestidad, y al recato: *In latitudine Crucis manus extensa sunt Crucifixi: perseveret manus Christiani in operibus bonis, & sic tertium gradum ascendit.* Cada uno en su estado, ajustándose en sus obras à guardar la Ley de Dios, sube así el tercer escalon para el Cielo. Un Novicio de cierta Religion, refiere el Cartujano, se havia entibiado tanto, que todos los exercicios de la Religion le daban en rostro: llevaba muy à mal el vestido raído, y pobre, la comida parca, la oracion freqüente; y trataba yá de volverse al siglo, quando una noche le apareció nuestro Redentor con una Cruz muy larga, y pesada sobre sus hombros, y que con ella queria subir por un lugar muy empinado; pero al peso de aquella Cruz azezando, casi no podía dar un passo con la fatiga. Viendo esto el Novicio, acude comedido: Señor, yo te ayudaré, que essa Cruz pesa mucho. El Señor entonces con un semblante muy severo: Quita, quita, le dice, ¿pues tú tienes atrevimiento de querer cargar esta Cruz, quando no tienes animo para llevar una Cruz tan suave como la que tienes en tu Monasterio? Dixo, y desapareció. Y dexó así al Novicio convertido. Cada uno lo aplique à las obligaciones de su estado, y vea si à ellas acude como debe: que si à estas obligaciones se falta, es engaño la que parece devocion. Estarse todo el dia, ò metida en la Iglesia, ó encerrada en el Oratorio la muger casada, y con familia, y que por su descuido los hijos anden perdidos, los criados se hagan ladrones; unos mal criados, otros mal doctrinados, y todos cometiendo ofensas de Dios; que atajara la señora, si atendiera como debe à su casa: ¿Qué devocion es esta? Es ilusion, es error, es engaño.

Lleguemos yá al quarto escalon, que nos ha de meter en el Cielo. Allí se vé en lo mas alto de la Cruz la cabeza coronada de nuestro Redentor. Essa es señal, dice Agustino, de que

apartados del todo de la tierra, allí hemos de levantar con nuestros corazones todas nuestras esperanzas, desafiados de todo lo terreno: allí han de caminar todos nuestros deseos: allí han de parar todos nuestros cuidados: en el Cielo, en el Cielo. Por esso nos dicen en la Missa: *Sursum corda*: levantad à lo alto los corazones: *In altitudine Crucis caput positum est Crucifixi*: Sursum cor habeat Christianus, ut interrogatus quotidie respondeat, & quartum gradum ascendit. Este es, pues, el quarto escalon, que por la escala de la Cruz nos introduce yá en la gloria. Levantad à lo alto los corazones: *Sursum corda*. ¿Y qué responde por nosotros el Coro? *Habemus ad Dominum*. Yá tenemos levantados afidos los corazones al Señor. Así lo decimos en latin: mas yo temo, que esto sea mentira en romance. Y si no, Christiano, mientras así estás asistiendo à la Missa, dime, ¿dónde tienes tu corazon? ¿Oh, no lo tengas como aquel rico, cuyo corazon halló San Antonio en los cofres! ¿Oh, no lo tengas donde tienes el amor! ¿Oh, no lo tengas donde tienes la condenacion! Y para que te alientes à levantarlo por la señal de la Cruz, hasta ponerlo en Dios.

Oye este exemplo: Refiere el nuestro Adriano Lyrino. (Barri. t. 1. Anni Sacr. c. 8.) Vivía en Roma un Sacerdote de tan exemplares costumbres, que en la ajustada cruz de su vida mostraba bien el amor verdadero con que amaba à nuestro Dios crucificado. Llegósele la muerte, y por ser persona, no solo de fantidad conocida, sino de alto puefio, y nobleza, trataron de embalsamar su cadaver; y haciendole este cruel obsequio, habiendo abierto el cuerpo los Cirujanos, no pudieron en todo el pecho hallar el corazon. ¿Pues qué es esto? Sin corazon no podía este hombre vivir. A la duda, à la admiracion, juntaronse todos los de la casa, vuelven à reconocer, y buscar, y ni rastro hallan del corazon. Suspenfos estaban todos, quando uno de los circunstantes, levantando los ojos à un Santo Crucifixo, que allí estaba, repára, que à sus pies estaba un corazon pendiente: suben, reconocen; y hallan, que el corazon de aquel dichoso Sacerdote era el que afido à la Cruz, mostraba bien, con lo que allí havia subido, quanto mas alto havia volado su espíritu à la gloria. Milagro, milagro! exclamaron todos llenos de regocijo, y llenóse toda Roma à las alegres voces de la admiracion. ¿Oh, corazon dichosamente señalado con la Cruz! Infinitamente dichoso Sacerdote, que en este hondo valle de lágrimas, con las amorosas ansias de su corazon, dispuso por la Cruz la subida para aquel eterno Valle de felicidades inmensas: *Ascensiones in corde suo disposuit in Valle lachrymarum*. Almas, yá que en este valle de lágrimas, y miserable desierto estamos presos en la carcelería de nuestros cuerpos; yá que no podemos volar à aquella Patria Celestial en compañía de nue-

nuestro Dios, siquiera con los deseos, y con las ansias vuelen allá nuestros afectos. Y si la señal de la Cruz nos la dexa hoy nuestro Redentor para enseñarnos la sabiduría; aliento, Christianos mios, y subamos por su Cruz à la Gloria.

PLATICA VI.

POR LO QUE LA SANTA CRUZ
no solo es para los Christianos Señal, sino tambien Insignia.

A 11. de Mayo de 1690.

Continuar la explicacion de los Soberanos Mysterios, que se encierran en la señal de la Santa Cruz à un auditorio tan piadoso, como catholico, es con la dilacion, no solo darle mas tiempo al gusto, sino procurarle mas logro al provecho. Palabras son estas de S. Agustín, porque no me culpen de prolixo, lo que en las señales que nos muestra la señal de la Santa Cruz me dilatáre: *De Cruce Domini*, (dice Augustino) *& ejus Mysterio diutius loqui, & dulce est, & salubre.* (August. *Serm. 101. de Temp.*) ¿Porque qué cosa, ni se puede pensar mas suave, ni se puede decir mas dulce, que los Mysterios, que en la Santísima Cruz se ocultan? Pues por ella no solo nos libramos del Infierno, sino que tambien nos sublimamos, y subimos hasta el Cielo: *Quid enim dulcius, quid suavius, vel cognari, vel dici potest, quam Sanctæ Crucis Mysterium per quam non solum ab inferis revocari, sed etiam in Cælos elevari meruimus.* Pues, Padre, prosigamos en buen hora, que à mí tambien desde la Doctrina pasada se me ofreció una duda; pero como el Jueves pasado, por ser día de Fiesta, tuvimos tantos huespedes, tuve vergüenza de proponerla, y ahora lo diré aquí que estamos solos, y que nadie nos oye. Mi duda es, que ¿para qué el Catecismo ha de llamar à la Cruz insignia, y señal del Christiano? No basta llamarla señal, ò llamarla insignia? Por qué dice es uno, y otro, insignia, señal? *Qual es la insignia, y señal del Christiano?* ¿Qué buena duda!

Pero antes de responderla, haveis de saber, que habiendo hallado la gloriosa Emperatriz Santa Elena la Cruz de nuestra Vida Christo, y con ella los clavos, que traspasaron sus Divinos pies, y manos, dicen, que del uno de aquellos clavos mandó hacer un freno para el caballo, en que montaba su hijo el Grande Emperador Constantino. Y del otro clavo mandó fabricar la Corona Imperial, con que en adelante se coronó aquel Grande Emperador. ¡Hay tal desproporcion! Direis al punto: ¿un freno, una Corona? Un freno para un bruto, y una Corona para un Emperador? Un freno, que ha de servir de tener à raya à un caballo, y una Corona, que ha de

ser la veneracion, y respeto de un tan gran Monarca? Si era tan clavo de la Cruz el uno, como clavo de la Cruz el otro: ¿por qué el uno ha de servir para freno, y el otro para Corona? ¿No empleára ambos clavos en Coronas? No: (dice S. Ambrosio, que es quien lo refiere) discreta anduvo la Santa Emperatriz. Tóme de la Cruz freno, que le haga señal à un bruto, para gobernar su camino; y Corona, que sea insignia gloriosa de un Monarca, para ilustrar, y honrar su cabeza. Sea el uno señal, que gobierne los pasos: sea el otro insignia, que honre, y ennoblezca las acciones: *De uno clavo frenos fieri præcepit, de altero Diadema intexuit: Unum ad decorem, alterum ad devotionem vertit.* (Sanct. Ambros. *apud Lober.*)

Ahora à nuestra duda: Insignia, y señal son dos cosas muy distintas; porque aunque toda insignia es señal, pero no toda señal es insignia. Quiero decir: Señal es aquella, por la qual se distingue una cosa de otra. Labran chocolate en una casa para los señores de ella, y para los criados; pero hay distincion del uno al otro: ¿y qué hacen para conocerlo? Ponente una señal al de los amos, ò con una llave, ò con un sello, y al de la gente no; pues Dios me libre de chocolate sin señal. Lleva un Corredor de un Almacén para dos distintos dueños diez piezas de ruán, han de ir todas juntas, y las seis son para uno; las quatro de no tan buen genero son para otro; pues para que no se confundan, señalélas usted; las señalan: yá llevan su señal, así decimos: ¿y se diría bien, yá llevan su insignia? No: Venlo? Luego no toda señal es insignia. Porque señal es la que como quiera señala; pero insignia es la que distingue, y señala con honra, con ventaja, con estimacion. Por esso se llaman insignias las que distinguen al Caballero el Avito, al Doctor la Borla, al Alcalde la Vara, al Oidor la Garnacha; y así decimos, insignia de Caballero, insignia de Doctor, &c. Yá, pues, en la Cruz tenemos los Christianos uno, y otro: es nuestra insignia, y es nuestra señal. Es nuestra insignia, porque nos ilustra, nos ennoblece, y nos honra: es nuestra señal, porque nos dá à conocer, y nos distingue. Por esta señal nos distinguimos de los Gentiles, Hereges, y Bárbaros; y por esta insignia quedamos tan honrados, tan nobles, que seremos reputados, y estimados, aun entre los Angeles. Es la Cruz nuestra señal, porque es la que tiene à raya nuestros desbocados apetitos, y pasiones, para que no nos despeñen al Infierno: esso fue hacer del uno de los clavos de la Cruz freno para un bruto. Y es la Cruz insignia, que nos ennoblece; porque ella nos eleva el espíritu à tener pensamientos de Christianos, deseos de herederos del Cielo, acciones de hijos de Dios. Esso fue hacer del otro clavo de la Cruz la Corona de un Emperador: *Unum ad decorem, alterum ad devotionem vertit.*

Pues

Pues con mucha razon nos dice el Catecismo, que la Cruz es uno, y otro; es insignia, y es señal del Christiano. Nos hemos de gloriarnos, nos hemos de honrar, y preciar mucho de hacer sobre nosotros la señal de la Cruz; eso será mirarla como insignia. Que segun (no pocos) se apresuran al perfignarse en la Iglesia, parece que se precian mas de hacer garavatos, que de formar Cruces. De espacio, de espacio, que lo vean todos, pues es la Cruz nuestra mas honrosa insignia. Y hemos de procurar tambien ajustarnos à las obligaciones, que la Cruz nos acuerda; eso será mirarla como señal. Era la Cruz, antes que nuestra Vida Christo la honrara, la cosa mas vil, y mas afrentosa del mundo: tanto, que entre los Romanos era castigo, que se daba solo à los esclavos, y ni por gravísimos delitos se le podía dar ese castigo al que era Ciudadano Romano. Por eso se querrela gravemente Ciceron contra Verres, de que à un Ciudadano Romano lo puso en una Cruz. (Cicer. *orat. in Verr.*) Entre los Judios tenían por maldito de Dios, y del todo abominable, al que moría en una Cruz. ¡Oh, Jesus de mí vida! ¿Y à esta vileza te obligaste por mí? Por mí diles la vida con tanta infamia? Pero desde allí, ¿cómo dexó la Cruz para nosotros? Yá lo vemos, y yá lo dice San Agustín: *A locis suppliciorum fecit transitum ad frontes Imperatorum.* (Aug. *in Psal. 36.*) La dexó; que la que antes era la mas vil afrenta; aun para los mas viles esclavos, ahora es la honra mayor, con que ilustran sus frentes los Emperadores. A Rodolfo, Conde de Aspurg, el primero, que de la Serenísima Casa de Austria ciñó la Corona de Emperador de Alemania, reuñaban darle la obediencia los Principes, y Potentados del Imperio, por un pretexto tan frívolo como político; porque decían, que no tenía Reyno, con cuyas fuerzas pudiese mantener el Imperio. Rodolfo entonces, tan agudo, como piadoso: Reyno tengo, les dice, y muy poderoso. ¿Reyno? Donde? Y cogiendo él una Cruz en la mano: este es mi Reyno, y este es mi Cetro; con que podré sujetar al Orbe todo. Y qué bien lo dixo, que si el Reyno mas glorioso de Christo es la Cruz: *Dominus regnavit à ligno*: Si la Cruz fue el Cetro, y la Espada con que sujetó à su obediencia al mundo: *Domuit Orbem non ferro, sed ligno*; la Cruz es el Cetro, y es el Reyno de los mayores Monarcas. Bastó aquella respuesta, à que rendidos le dieran la obediencia, y à que él, y sus Serenísimos descendientes, con el Cetro de la Cruz tantas veces, y ahora en nuestros días tengan sujeta, y postrada la sobervia de el Otomano. Así, pues, se glorián los mayores Monarcas de tener la Cruz por insignia.

Pero los que nos gloriamos de tener la Cruz por insignia, nos hemos de acodar tambien, que tenemos la Cruz por señal: *Signum*, dice Donato, *est parva quedam significatio indicans totius rei qualitatem.* Señal llaman tambien aquella, que

en breve nos dá à entender todas las calidades de una cosa. Vemos al otro pálido: aquella palidez es señal de que está enfermo; vemos que anda suspenso, y pensativo; señal que tiene algun cuidado. Así, pues, por la señal que vemos, conocemos lo que no vemos. No pára, pues, la señal en que la veamos, y conozcamos à ella, explica mejor S. Agustín, (D. Aug. *lib. 2. c. 2. de Doct. Chr.*) fino que nos lleva al conocimiento de aquello, que la señal nos significa. Vemos humo, allí hay fuego; vemos una huella humana, hombre pasó por aquí. Yá, pues, si la señal manifiesta es la que nos dá à entender lo que está oculto; si la señal no basta conocerla en sí, fino que hemos de conocer aquello, de que ella es señal. ¿De qué es señal la Cruz? del Christiano. ¿De qué es señal la Cruz? Del que sigue à Jesu-Christo, del que milita debaxo de su Vandera: que por eso tambien Vandera se llama señal en latin, *signum*; porque distingue quales son los soldados de España, quales los de Francia. Pues si la señal de la Cruz se hace sobre el que no es Christiano en sus costumbres; si se hace esa señal de amigo sobre el que es enemigo de Christo por sus pecados: ¿qué será esta señal? Oh, Dios! Será señal de condenacion. Usaban los antiguos Christianos poner en los Navios en la parte mas alta la señal de la Santa Cruz; de modo, que como ahora por la Vandera que echan se conoce de lexos, aquella es Nao Olandese, aquella es Inglesa, &c. así entonces por la Cruz conocían, aquella Nao es de Christianos. Andaba, pues, una de estas cargada de tan malos Christianos, que robando, y faqueando las costas, cometían atrocísimas culpas. Venla venir de lexos, concócen por la Cruz, que es de Christianos; llenanse de miedo los Gentiles, y entonces un Sacerdote de los Idolos: Sofegaos, les dice, sofegaos, que si los que vienen en aquella Nao logran el executar aquí sus atrocidades, y robos, ò el Dios de los Christianos es ciego, ò está durmiendo: No sabía el Bárbaro, que el permitir el Señor en sus Christianos tan graves culpas, es efecto de su infinita Misericordia; pero en esta ocasion, volviendo por su honra, no bien dixo aquello el Idólatra, quando mirando todos la Nave, à un violento remolino, forbiendofela el mar, no pareció mas de toda ella, ni hombre, ni tabla. De modo, que la señal de la Cruz, por donde fueron conocidos, esa les sirvió de señal, para que quedasen ahogados? Sí: *Quid prodest*, dice San Agustín, *si signum Christi in fronte, & in ore gestamus, & intus in anima crimina, & peccata recondimus?* (Sanct. Aug. *Ser. 215. de Temp.*) ¿Qué aprovecha poner la señal de Christo en la frente, quien tiene en el corazón, con la culpa, la marca del demonio? De qué sirve tener en lo exterior en la Cruz la señal gloriosa de Christiano, quien en el alma, por el pecado, tiene gravado el hiero de venta de condenado? Y en fin, quien tiene al fuego de sus apetitos gra-